

ala delta

Carlos MURCIANO

**LIROLOS, CIFLOS
Y PARANGANALIOS**



Los ciflos podrían confundirse con las avispas si no fuera por su extraña costumbre de alimentarse del tic-tac de los relojes. Al bagamélido, –de cuerpo simiesco y rostro de foca– le encanta viajar... Este libro es una galería de personajes que parecen preguntar al lector: ¿soy real o imaginario?

Carlos Murciano –*Premio Nacional de Poesía, Premio Nacional de Literatura Infantil y Premio CCEI*–, conocido por su amplia obra poética y narrativa, es uno de los más destacados cultivadores de la literatura infantil.

Índice de contenido

Cubierta

Lirolos, Ciflos y Paranganalios

Los lirolos

Los ciflos

Los paranganalios

Las lutias

Los minedios

Los vels

Las ataneguas

Los bhíos

Las maguas

El bagamélido

Epílogo incompleto para un libro encantado

*«Cambiantes son las aguas del gran río,
inacabables los pensamientos del viajero lejano».*

WEI TCHEN KIN.

Los lirolos

LOS lirolos tienen el tamaño de los gorriones; y, como los gorriones, son vivarachos, desconfiados, golfillos. Llevan, como ellos, pico, pero en lugar de cola de plumas, lucen un largo rabo ratonil, del que están muy orgullosos. Son azules y delicados; y un poco transparentes, como el alabastro.

Viven en las escarpaduras, en los peñascos roquizos, en los farallones. Los que andan tierra adentro tienen un azul más intenso; los que se mueven a orillas del mar son más claros: como si de vez en vez se les encendiera por dentro una luz blanca, un brillo de espuma de ola.

En realidad, no es que haya, como algunos pudieran pensar, lirolos de tierra y lirolos de mar. Los lirolos son terrestres. Si un lirolo se descuida, y se deja alcanzar por la marea, puede convertirse, en sólo dos días, en una flor parecida a la correhuela, pero que no es tal. Esa flor se llama laula, es azul y sólo se abre los días de luna llena: huele a no se sabe qué y atrae a las cicindelas y a los musgaños.

Por ello, los lirolos que viven junto al mar, tienen mucho cuidado de no mojarse. En cambio, los lirolos que viven tierra adentro, pueden bañarse en los arroyos sin ningún problema, pero, eso sí, sólo en los amaneceres, antes de que el sol salga. Si el sol sorprende a un lirolo en el agua, lo convierte en seguida en pez azul: un pez que gira siempre en amplios círculos, pero en sentido contrario al de las manecillas del reloj.

Los lirolos son amigos de las lagartijas, aunque hay entre ellos ciertas rencillas por culpa de sus colas. Si una lagartija, de grado o por fuerza, se desprende de la suya, ve cómo ésta vuelve a crecerle, verdiclara, o blancuzca, o incluso rojiza, pero nunca azul, como la de los lirolos; y esto a las lagartijas les resulta irritante. Por eso los lirolos, cuando conversan con ellas, lo hacen siempre con sus colas recogidas, casi ocultas, para que sus amigas no se enfaden. Pero cuando éstas no están presentes, los lirolos exhiben sus colas azules, orondos y satisfechos.



Las madrigueras de los lirolos son hondas y frescas y discurren en escalones. Nadie ha visto nunca comer a un lirolo, pero se dice que les gustan las cerezas y los fresones. Y la miel. Por supuesto, se ignora cómo se hacen con ella, porque, aunque los lirolos no tienen enemigos, parece que no se llevan bien con las abejas, como no se llevan bien con las hormigas.

Cuando los lirolos salen de noche, lo hacen en grupos. Entonces son como llamitas azules, que se desplazan de un lado a otro sin ruido, pero no se sabe adónde van. De pronto se apagan, desaparecen. Las lechuzas les tienen un gran respeto, y nunca se mueven de sus ramas cuando ellos andan cerca.

En primavera, los lirolos trinan como las alondras. Oír a un lirolo cantar es algo muy hermoso: el aire se torna azul, y las margaritas comienzan a perder sus pétalos –sí, no; sí, no– al impulso de una mano invisible.

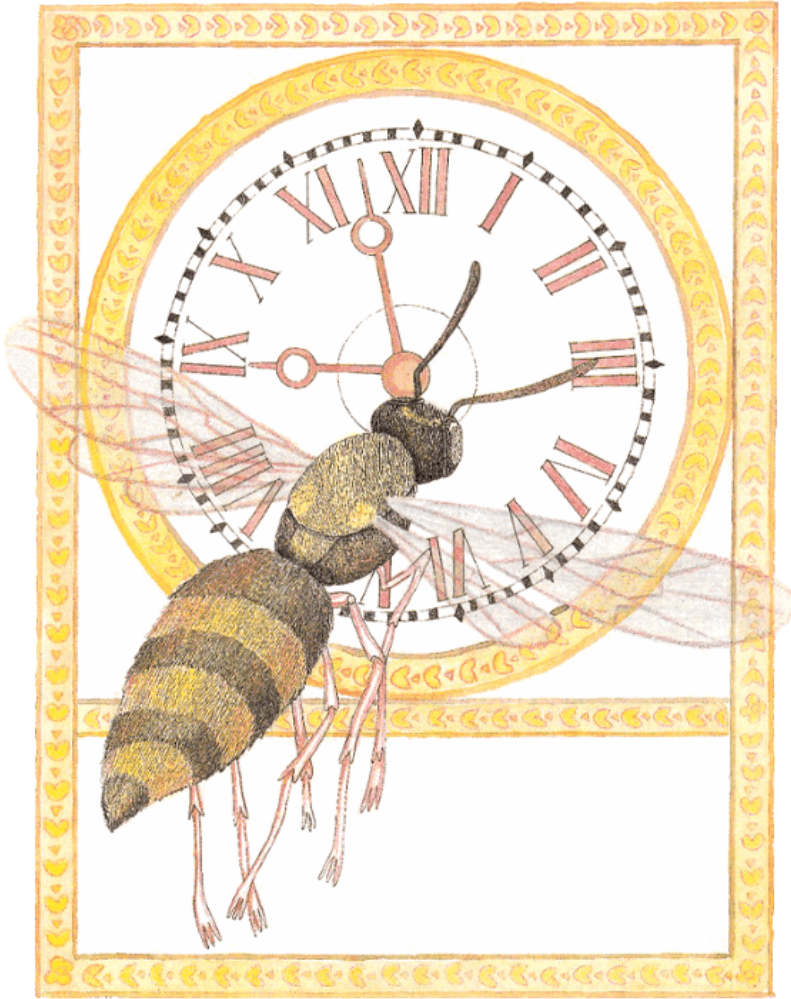
Los ciflos

LOS ciflos son muy parecidos a las avispas por su tamaño y por su color. Sus rayas amarillas y negras, y sus alas diminutas, hacen que, por lo general, se les confunda con aquellos insectos, con los que, por supuesto, nada tienen que ver: ni portan aguijón, ni gustan de la fruta, ni son enemigos de las abejas. Los ciflos viven en los relojes, sobre todo en los de pared y en los de chimenea, aunque también se les ha encontrado en ciertas torres, como en la de la catedral de Estrasburgo, en torno a esa maravilla de su reloj astronómico, que renovara Juan Bautista Schwilgué a mediados del pasado siglo.

Los ciflos ven por un solo ojo, aunque tienen dos, como tienen tres dedos en cada pie y otros tres en cada mano, que utilizan indistintamente y con igual habilidad. Relojeros expertísimos, las máquinas del tiempo no guardan secretos para ellos, lo cual no quiere decir que se dediquen a repararlas cuando por alguna razón se detienen. Un pacto ancestral se lo impide, y han de ser los hombres los que los pongan de nuevo en movimiento, cosa que a veces no logran, ante la desesperación de los ciflos, quienes, por una parte, saben dónde está la avería que el hombre no descubre, y, por otra, sufren sobremanera viviendo en el interior de relojes parados, ya que, según se dice, se alimentan de su tictac.

No se ha llegado a averiguar cómo entran y salen los ciflos de los relojes que ocupan, muchos de ellos cerrados e incluso con fanal. Pero lo cierto es que lo hacen, y cuan-

do por alguna razón lo precisan, van y vienen sin trabas, silenciosos y casi invisibles. Alguien puede detectar a algún ciflo en una de sus correrías, pero lo confundirá con una avispa y dejará de prestarle atención. Si lo hiciera, podría comprobar que un ciflo nunca vuela en línea recta, sino en espiral, y que, al desplazarse, sus alas se mueven a tal velocidad y son tan tenues, que es imposible distinguirlas. Claro que los ciflos no son demasiado dados a abandonar su mundo mecánico, y para ser dichosos les basta con ver girar la rueda catalina al son que le marcan las uñas del trinquete o ver balancearse el péndulo, acordado y seguro. Por ello, cuando un reloj concluye su vida, y por algún motivo es despiezado, se plantea un problema crucial al ciflo que en él tuviera su nido, puesto que se sabe obligado a buscar otro reloj de las mismas características, lo que en muchos casos resulta harto difícil y complicado; porque si el nuevo reloj está ocupado por otro ciflo, como suele ocurrir, éste deberá hacer sitio a su huésped, lo que no es del agrado de los ciflos, que gustan de vivir solos. Se dice que en el Antiguo Palacio Real de Dresde había un reloj de pie de bronce dorado del siglo XVIII, en el que moraron durante mucho tiempo dos ciflos que nunca se llevaron bien. Algo similar sucedió en el Museo Maximiliano, de Augsburgo, con un reloj de chimenea del XVII, pero en esta ocasión no pudo probarse la verdad del aserto.



Los ciflos, bondadosos y pacíficos, tienen sólo un enemigo, tan terco como peligroso: el avispon. Acaso porque considere que son unos intrusos en su especie, el avispon los persigue sin piedad, y es capaz de pasar días y días al acecho, en el hueco de una pared, para intentar atraparlos. El avispon, que es pardo rojizo, pero que tiene el abdomen negro y amarillo, y manchas amarillas en la cabeza

y el coselete, procura simular el vuelo de los ciflos para hacerlos caer en el engaño. Pero muy rara vez lo consigue.

La mayor ilusión de un ciflo es vivir en un reloj de cuco. Cuando el ave abre su puertecilla y sale a cantar las horas, el ciflo se encarama a su lomo y canta con ella, sonriente y feliz.

Los paranganalios

LOS paranganalios viven en las copas de los árboles y son de color verde, si bien difieren en sus matices, según la especie arbórea en que se asientan. Los más altos no pasan de los cuatro centímetros, lo que, unido a su color, hace muy difícil que puedan ser identificados. Esto motivó que, en un principio, se creyera que la cabeza de un paranganalio era como la de un jabalí en miniatura, cuando en realidad es similar a la de un pécarí de collar, hocicuda, eso sí, pero sin colmillos, y sin ese gesto huraño y fiero propio de los jabalíes, que en el pécarí es siempre entre tristoncillo y soñoliento.

Los paranganalios gustan de vivir en comunidad o, mejor, en comunicación constante, y por ello prefieren las zonas donde el arbolado es abundante y aún espeso, como ocurre en la mayoría de los bosques y las selvas, lo que les permite ir sin esfuerzo de un árbol a otro, de copa en copa. Sin esfuerzo y sin temor. Porque cuando un paranganalio debe descender al suelo y caminar hasta el árbol que desea visitar, lo hace temblando, pues sabe que son muchos los peligros que lo acechan. Por ejemplo, encontrarse con un ciempiés, en cuyo caso el paranganalio pierde su color habitual y se torna rojo, lo que hace que sus compañeros lo rehuyan, obligándolo a permanecer aislado hasta que recupera su pátina verde; por ejemplo, pasar cerca de una violeta y que lo alcance su aroma, en cuyo caso el paranganalio pierde su sentido de la orientación, y es incapaz de recordar de dónde venía y adónde

iba, con las consecuencias que pueden suponerse. De ahí que los paranganalios que se arriesgan en una aventura de esta clase, son muy bien recibidos por sus compañeros, quienes los colman de atenciones, hasta el punto de regalarles, en algunos casos, sus guantes de tela de araña.

Porque los paranganalios, que están dotados de manos y pies, y andan muy erguidos, tienen unos dedos muy delicados y precisan de esa clase de guantes para mantenerlos a salvo. Esto hizo que, en época lejana, hubiera entre paranganalios y arañas una terrible enemistad, dado que aquéllos arramplaban con cuanto éstas tejían; hasta que llegaron a un acuerdo, por el cual los paranganalios podrían disponer de las telarañas abandonadas, pero nunca apropiarse de las que estuvieran a medio hacer, o conclusas y ocupadas. Las cosas se arreglaron bastante, y hoy, cuando un paranganalio pasa cerca de una araña, o viceversa, incluso se saludan.



Ciertos paranganalios tienen características especiales. Así, los que habitan en los almendros, los cuales, en la anteprimavera, toman durante un tiempo el mismo color blanco o rosa de la flor de su árbol, y es muy de ver cómo se pavonean frente a sus verdes colegas, tal si estuvieran disfrazados para un carnaval diminuto. Algo similar ocurre con los que tienen su morada en los árboles más altos,